

Sones de mar

Margarita Peña

No es infrecuente que el mar despierte una fascinación muy profunda en temperamentos de rasgos soñadores o aventureros. En estos monólogos, dos personajes —separados por el tiempo pero unidos por el embeleso que hacen nacer las olas del puerto mexicano de Tampico— cuentan los ires y venires de su historia personal, en la que las mujeres tienen una presencia fundamental.

Todo cuanto descifraste de ti mismo lo descifraste durante el breve tiempo en que eras el que fuiste.

IGNACIO SOLARES, "Minucias"

ANDRÉS I

¿Qué es para mí, el mar? ¿Qué era para mí el mar? ¿Qué fue para mí el mar?

Algo tan sustancial, tan guardado en mi interior como la sangre de mis venas; tan desbordante como el vino tinto que solía verter mi padre hasta el borde de su vaso, manchando de rojo el mantel; tan entrañable como el amor a mis hijos; tan evanescente como, al final, la desaparición de mi madre. El olor a mar, en mi infancia, era más delicioso que el de los muchos guisos de Mina; más que el de cualquier loción cara cuando fui adolescente; más que el aroma de las mujeres que amé...

Nací en el puerto de Tampico, frente al mar. Bueno, en Ciudad Madero, pueblo que por entonces, a principios del siglo XX, se llamaba Árbol Grande. Las olas, las olas altísimas de Miramar cobijaron mi infancia... o estuvieron a punto de acabar con ella cuando, en las comidas en la playa improvisadas por Mina, Elena y mi prima Consuelo, las retaba arrojándome a sus crestas, a espaldas de la familia que indolentemente pelaba camarones y devoraba la carne de las jaibas sin escuchar, al parecer, mis gritos de excitación o de miedo ante las olas. El mar me salvaba del tedio durante las vacaciones de verano; me resarcía de la indiferencia de mi padre que despreciaba el Golfo de México y añoraba en cambio el

Cantábrico, las rías gallegas, y que se fue diluyendo cada vez más entre el vino tinto y la nostalgia, en la memoria, hasta borrarse, desvanecerse por completo. Ir a la playa en domingo era el premio de mi madre para animarme a asistir a una escuela de muros descarapelados y olor a humedad. La promesa del mar dominical me consolaba de permanecer hincado, con los brazos en cruz, sobre los granos de maíz que la vieja maestra regaba en un ángulo del salón de clase para castigar a los reprobados; o cuando me equivocaba al repetir las tablas de multiplicar, lo cual sucedía casi siempre. A veces también eran palmetazos en las manos por pintar venado. ¿Que adónde me escapaba? Pues a la playa, no faltaba más. Al día siguiente me delataba el color de la piel del rostro, tan encarnada como los camarones que comían afanosas las mujeres de mi familia. Si algo he amado siempre es el sol. "Pareces camarón...", me decía la vieja maestra Eustaquia. "Híncate otra vez sobre los granos, a ver si así aprendes a no irte de pinta".

En mi infancia, el puerto se llenaba de barcos venidos de todas partes: Inglaterra, España, Galveston, en Estados Unidos... hasta Rusia y Suecia, mucho antes de la Segunda Guerra Mundial. Las compañías petroleras inglesas hacían su agosto con el petróleo del Golfo. Se oía inglés por todas partes. Los letreros de las tiendas de categoría estaban escritos en inglés. Los hombres usaban sombreros panamá y las mujeres abrían sombrillas de seda floreada. Y había también chinos, muchos chinos. ¿Por qué tantos chinos? Nunca lo supe, ni me molesté en averiguarlo. Después de bañarme en Miramar,



Playa de las Catedrales en el Cantábrico, Ribadeo, Galicia, España

lo que más me gustaba erairme a ver los barcos anclados, con sus banderines flotando en la brisa marítima; al salir de la escuela me dirigía al muelle, y me pasaba horas apoyado en grandes cajas recién descargadas, o en toneles que amenazaban con echarse a rodar, repletos de licor o de aceite. Aceite de oliva, extrafino, del que compraba mi padre para que la tía Mina le cocinara huachinango a la veracruzana, bacalao a la bilbaína, gambas al ajillo. La tía cocinaba exquisitamente, fumaba cigarros delgaditos que ella misma liaba y también adivinaba el futuro. Pequeña, delgada, poseía una fuerza interior que desplegaba al limpiar enérgicamente los pescados, los pulpos para cocinarlos en su tinta; al pelar las jaibas, separar las tenazas, aderezar con aceitunas y tomate la sedosa pulpa y luego volverla a colocar dentro del caparazón. La misma fuerza con que hacía operaciones con las manos para aliviar órganos de hombres y mujeres enfermos que iban a consultarla por las tardes; o escribir en gruesas libretas los mensajes del más allá que le dictaban voces en lenguas extrañas de diversa gente. Pero esto ya era cosa mayor. Cuando le venía “el trance”, todos teníamos que abandonar inmediatamente la casa de madera que como que temblaba, y no regresar en un largo rato. Sí, porque tía Mina era “médium”, era “vidente”. Todo un personaje: lideresa espiritista de la comunidad de Árbol Grande. Sí, espiritista, operaba a los sufrientes con las puras manos, encendía veladoras, hacía conjuros, sanaba, curaba; la querían, la buscaban, le rogaban... un personaje. Junto a ella, mamá Elena, mi madre, se reducía a una sombra, la hermana menor que cosía uniformes de marineroy... cosía en

general. Eso sí, frondosa, de buena estatura, cabello negroísimorizado, tez blanca... y silenciosa, muda acatando siempre las palabras imperiosas de su hermana mayor: “cierra”, “abre”, “compra”, “vete”... No se diga Chelo, la prima recatada (siempre sospeché que era hija de Mina, quien se decía soltera...), dizque huérfana del tío Tomás, un marineroy, que se había ahogado cerca de Veracruz. Y como mi mamá, Chelo era incapaz de desobedecer a la dueña de la casa de madera. Hasta que, según pude deducir, apareció mi padre, con el que mi madre, nada más... huyó. A la larga —o a la corta— regresó, conmigo, chiquitito, con todo y su marido, quien se integró al núcleo de féminas porque, llegado de España, no tenía en qué caerse muerto, la mera verdad (según repetía Mina). Atraído, más que por las apetecibles redondeces de Elena o sus cabellos de ébano, por las dotes culinarias de la cuñada Mina. Luego abrió una panadería que poco a poco fue surtiendo de bebidas y abarrotes. Trabajador como él solo, de la mañana a la noche. Años buenos para todos, años tranquilos. Se volvió próspero, fue feliz un tiempo, mientras logró soportar los trances de la tía y el silencio manso, empecinado de la esposa estatuaria. Luego, un buen día, desapareció.

El mar, para mí, fue siempre telón de fondo de venturas y desventuras, con su ir y venir inacabable, su engañosa calma, sus olas gigantescas bordeadas de encaje, su olor inconfundible que llegaba hasta el quiosco del zócalo de Tampico y se metía por la nariz y por los pasillos de los grandes hoteles a los que nunca me atreví a entrar, menos aun cuando me convertí en solamente un niño sin padre. El Hotel Inglaterra, el Imperial, que

fueron surgiendo un poco después del auge del petróleo. El mar: escenario de amores maternos y desencuentros; de voces incomprensibles y silencios inexpugnables; de presencia paterna y ausencias repentinas. El mar: sus ventiscas que azotaban puertas y ventanas durante “el norte”; su intenso cielo azul que hacía juego con el cobalto del agua con el que se fundía en el horizonte inmisericorde, que me cobijaba un día tras otro.

Más tarde, el mar fue compañía absoluta en mi soledad de hijo único, casi huérfano. Cuando mi padre desapareció, se esfumó, yo ya estaba por terminar la primaria. No se despidió. No se me explicó nada, no se me dijo nada. Simplemente ya no estuvo, dejó de estar. Mi madre siguió siendo la misma: callada, abismada en la costura, obediente a los reclamos y palabras de la hermana. Vencida, derrotada, opaca, empequeñecida pese a ser la más alta, la más guapa. Incapaz de abandonar la aguja y la tela... la mecedora que, hasta el momento, tengo frente a mí. La tía, en cambio, cada vez más atareada, mandona, regañona, enfrascada en sus pacientes, sus oraciones, sus curas milagrosas, su escritura involuntaria, su aparente don de lenguas. “Es que eso es lo que tiene”, solía decir Chano, el ayudante, “un don de lenguas que le viene de los espíritus que se le incorporan en el trance”. Estaba como enojada mi tía; como furiosa porque ahora nadie comía sus platillos, nadie los apreciaba, los alababa. Resentida porque ya no había un hombre en casa. Era evidente que culpaba a su hermana. Esta callaba. Ya ni siquiera iba la tía al mercado, que antes solía ser una de sus salidas preferidas. Mandaba a Luciano. Y yo me le pegaba al muchacho grandote, mayor que yo, buena gente. Íbamos a ver a los chinos, trataba yo de entender lo que decían; le pedía que les preguntara qué era eso y esto y lo otro; que comprara cosas raras como el salsifí, o la soya. Pero Chano no se atrevía a desafiar a doña Mina. “No, mira que tu tía se enoja, la toma conmigo, me regaña feo y además, no me alcanza el dinero”. Y compraba solamente lechugas, papas, zanahorias, jitomates, arroz. Mariscos no, “son muy caros”. Pescado, sólo uno que se llamaba “mero”, corrientón, medio fibroso, sabía horrible. Los robalos y huachinangos que hacían las delicias de mi padre habían pasado a la historia... junto con papá. El rencor de Mina se dejaba sentir en las sopas aguadas, sosas, y los pedazos desabridos de mero, guisados de mala gana por Chano. Y mamá, muy bien, gracias. Cosiendo o tejiendo cosas de *crochet*, que luego vendía, en el porche de la casa de madera, encaramada sobre pilotes por aquello de las inundaciones. La tía, ahuyentando a los malos espíritus en sesiones vespertinas y nocturnas en las que la casa trepidaba. Yo, intentando conversar sobre lo que fuera con mamá, la muda. Chano, ayudando a la tía; la prima Consuelo, practicando la taquigrafía; los vecinos entrando desmadejados y sa-

liendo con pócimas y yerbas, algo más animaditos. Murmullo de rezos y soliloquios incomprensibles.

El mar, en la noche, era otra cosa. Como que se callaba, se amansaba, como que las olas nada más suspiraban. La luna, tan solapada, escondiéndose entre las nubes o desvergonzada a veces, perturbadora, mostrándose blanca en toda su redondez, como el vientre desnudo de una mujer. Luna lejana y, a la vez, cercana: atrayente, aviesa, cómplice. No como el mar enorme y bueno que me despertaba cada mañana con su rumor suave, oloroso, familiar, grato. Inocente.

Eso era para mí el mar: la inocencia, la infancia pura.

ANDRÉS II

Arribé a San Luis de Tampico, con la ayuda del Altísimo, después de mucho trasegar por estas tierras inhóspitas, en el año de gracia de [...].¹ Con frecuencia me he preguntado qué hago aquí, tan lejos de mi terruño, de mis montañas, de mis compañeros de orden, superiores a mí, casi todos, en la jerarquía a la que obedecemos: la de la Santa Madre Iglesia Católica. Mis años jóvenes los pasé en las cercanías de Logroño. Ya había profesado. Obedecíamos todos, o casi todos, a una religión. La única. La de Jesucristo todopoderoso y María, su Madre. Pero, como bien sabéis, el mal se agazapa, inficiona lo más puro, lo más limpio, lo más sagrado. Dieron en aparecer, allá en mi tierra, criaturas malignas. Mujeres casi todas; mayormente mujeres, de débil ánimo, el mal hace presa de ellas con facilidad; mujeres de flaca naturaleza que se dejan llevar por las supercherías y la soberbia que les inculca el maligno. Eso, sin tener en cuenta que pocos años antes de que estos seres se convirtieran en una verdadera epidemia, hacia el año de gracia de 1478, nuestros sacratísimos soberanos, don Fernando y doña Isabel, hubieron de instituir, contando con la bula del Papa, el Santo Tribunal de la Inquisición para conjurar una amenaza más terrible aun: la de los falsos cristianos, los judíos que, ante el peligro de ser expulsados de nuestra bendita tierra, juraron dar obediencia al Señor, y con la malicia que el demonio les dicta, simulaban abandonar la ley mosaica y sus heréticos ritos para abrazar la única y verdadera religión, la fe católica. Se les llamó “marranos”, “cristianos conversos”, pero en verdad eran solamente judíos que continuaban celebrando en secreto sus aborrecibles ritos, ofendiendo al Señor al que sus antepasados dieron ominosa muerte. ¿Cómo y quién podría perdonarlos? Nadie, ninguno que se llame cristiano viejo, cristiano de cepa. El Santo Tribunal se ocupó de buscarlos, encontrarlos, juzgarlos y escarmentarlos, encendiendo con ellos hogueras en

¹ Borrado en el manuscrito original sobre fray Andrés de Olmos.

nuestras ciudades principales, en Sevilla y Toledo. Pero he aquí que el mal crece, se extiende como una planta ponzoñosa, como una plaga peor aun que la peste negra. Y en mi país, que trajo a esta tierra la verdadera religión para la salvación de las almas de estos infelices indios, existen otros embajadores del mal, hombres y mujeres practicantes de hechicerías diabólicas con las que pretenden someter a sus semejantes desprevenidos y crédulos, y así perder sus almas. El Señor me permitió antes formar parte del grupo de religiosos —entre los cuales yo fui el menor, por mi edad y mi inexperiencia— que debieron escarmentar a hechiceros y brujas que asolaban la región de los Pirineos, en imitación de aquellos que habían sucumbido al mal en la vecina Francia, país pródigo en herejías como la de los cátaros; o en falsarios como los papas relapsos de Aviñón, hace siglos, y que ha prohijado a herejes de toda laya, y así hubimos de juzgar a más de cien pecadores y conducir piadosamente a la hoguera, para la extirpación del mal y la salvación propia y ajena, a casi treinta de ellos, los cuales se comprobó que eran brujos y brujas. Hombres bragados y doncellas que dejaron de serlo al tener tratos carnales con el señor de las tinieblas.

Fue así como llegué más tarde a esta Nueva España, con orden de salvaguardar la pureza de las almas de españoles y naturales, encontrándome aquí con otras formas del mismo mal: la temible idolatría, la adoración de falsos dioses a los que se sacrifican seres humanos, como los que nuestro valeroso capitán Cortés ha visto morir, entre ellos a algunos de sus valientes soldados. Para desterrar la adoración de ídolos y falsos dioses he recorrido cientos de leguas, desde la capital de la Nueva España, la hermosa ciudad lacustre que llaman México, caminando siempre en dirección al noroeste. Detenién-

dome a hacerme de algún bastimento, adoctrinando, bautizando a los pobres idólatras y más que nada, vigilando que no retomen sus malas artes, que no caigan de nuevo en pecado ocultando de mi vista sus ídolos, escondiéndolos bajo los carbones extintos de los braseros o en el fondo de los chiquigüites en donde mecen a sus criaturas. He caminado por territorios de terrible peligro donde habitan los llamados chichimecas, bárbaros de gran ferocidad, pero Dios me ha concedido poder convencer a los aborígenes pacíficos, que les temen, de que construyan iglesias y conventos que son la sal de esta tierra. Como dice San Mateo, el evangelista: “vosotros sois la sal de la tierra y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?”. Esto lo he leído en los Santos Padres, no se crea que practico el libre examen que preconiza la otra gran plaga de la gran Europa: el hereje llamado Martín Lutero, al que precediera el sabio pero equivocado Erasmo de Rotterdam. Pero de esto trataré otro día, con la calma que me produce vivir y dormir cerca de la playa; el sonido de las olas cercanas, que me adormece y me permite soñar, aquí, en San Luis de Tampico, con el mar de mi adolescencia, allá, entrevisto en las costas del norte de mi país. Cerca de las montañas que me vieron nacer. ¿Quién iba a decir que habría yo, hombre humilde, de cruzar un mar enorme, desafiar tempestades, arriesgar naufragios como los que me han dicho se suceden por estas costas, y sobrevivir para continuar con la tarea que el Señor me ha encomendado? Pero ya lo sabemos: los juicios de Dios son inescrutables. Y sus caminos salvan mares y abismos. Concédame el Señor esta noche un sueño reparador y guárdeme de la malinconía que a tantos asedia. Es todo lo que pido ahora, al final de la jornada, frente al inmenso mar que me separa de mi amada España. **U**



Aduana de Tampico, 1902